

das las grandes montañas, en los Alpes, los Karpatos, el Jura, el Odenwald, las Fichtelgebirge, las montañas de Bohemia y de Turingia y el Hartz; pero aparece en todas partes en muy reducido número y como solitario: solo abunda en el norte de Europa, en los grandes bosques de Rusia y de Escandinavia, é igualmente en todo el norte de Asia hasta el Kamtschatka. En Schonen han disminuido mucho los gallos silvestres, según Wallengreen; se les ve en todo el resto de Suecia, excepto en Gotlandia, pero sobre todo en las provincias del centro y al norte, hasta Laponia, donde se detienen á los 60° de latitud boreal. Radde dice que no son raros en los bosques de Siberia; si bien parece que al oeste de las montañas de Pomme están representados por una especie mas pequeña (*tetrao urogeloides*), probablemente la que Kittlitz encontró en el Kamtschatka.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—El tetrao urogallo prefiere los bosques de las montañas á los de la llanura; pero lo que necesita ante todo es una vasta extension de aquellos; busca principalmente las selvas en que las esencias están mezcladas, si bien se le encuentra tambien á menudo en los bosques de coníferas, y rara vez en aquellos donde solo hay otras plantas. Hartig cree lo contrario; pero todos los demás observadores son de opuesto parecer al suyo; y sabido es, por otra parte, que en todo el norte de Europa y de Asia predominan las coníferas. Yo no resolveré la cuestion de saber si, como lo pretenden ciertos autores, está siempre el gallo silvestre en la vertiente meridional de las montañas; lo cierto es que habita los bosques donde abundan los árboles viejos y altos, ricos en manantiales y corrientes, rodeados de espesuras de brezos y de arbustos con bayas: tambien le gustan los terrenos cenagosos.

El tetrao urogallo es un ave sedentaria; pero no en toda la acepcion de la palabra: cuando el frio es riguroso y persistente y la nieve abunda, abandona por el momento las altas regiones, y vuelve á ellas apenas se suaviza la temperatura. En la zona media, ó sea en la region de las colinas, vaga con frecuencia de un punto á otro, sin que se pueda explicar suficientemente este hecho. Debemos observar, no obstante, que no se ha demostrado todavía de una manera irrefutable la realidad de estas emigraciones, pues según dijo mi padre, confirmándolo despues Geyer, durante los inviernos rigurosos permanece á menudo el gallo silvestre en los árboles por espacio de varias semanas, sin bajar á tierra, lo cual ha podido inducir en error á los observadores, haciéndoles creer que el ave habia abandonado el sitio. «Lo singular es, dice mi padre, que el gallo silvestre permanece con frecuencia ocho dias en un árbol sin bajar á tierra, y entonces se come casi todos los tallos.» Geyer, que ignoraba lo que mi padre habia dicho acerca de esto, se expresaba así: «Me admiró no encontrar un solo gallo silvestre; pedí varios informes, y la única respuesta que me dieron se redujo á decirme que aquellas aves debian haber emigrado. No obstante, el enigma se explicó cierto dia en que hallé una bandada de unos veinte gallos y gallinas en el flanco de una montaña expuesta al sol; los ví varios dias alimentándose de tallos y botones de abeto, y no me fué posible hallar la pista de un solo individuo en la nieve.»

No sucede así en el norte, sobre todo en Rusia. En el Ural, por ejemplo, el urogallo franquea distancias bastante extensas en busca de la grana del enebro, recorriendo de doce á quince kilómetros por dia. Cuando ha comido todas las bayas vuelve poco á poco á su dominio, visita los alerces y despues los pinares, alimentándose de los retoños.

En tiempo normal, el tetrao urogallo permanece todo el dia en tierra; busca principalmente los parajes donde primero da el sol, y aquellos en que el bosque presenta claros cubier-

tos de brezos, de mirtilos ó de frambuesos, situados cerca de algun cristalino arroyo. Con tales condiciones, se le ve correr por el suelo, trepar por las breñas en busca de su alimento, y volar solo cuando algo extraordinario llama su atencion. A la caída de la tarde, sepáranse el gallo y la gallina y buscan cada cual un árbol para pasar la noche; rara vez sube esta ave hasta la copa del árbol que le conviene; suele permanecer en el centro desde donde baja á la mañana siguiente.

En sus residencias y parajes favoritos condúcense á veces de una manera muy distinta de la acostumbrada: detiéndose, por ejemplo, ante los perros, y fijando en ellos toda su atencion, permiten al cazador acercarse á tiro. Cuando una gruesa capa de nieve cubre el suelo y cuando el frio es riguroso, los urogallos duermen tambien en la nieve, abriendo hoyos de 1",50 á dos metros de largo y acurricanse en el fondo. Si reconocen algun peligro, en vez de salir por la abertura practicada, huyen levantando la capa de nieve por otro lado: así me lo dijo un cazador experto del Ural.

El gallo silvestre come retoños, hojas, tallos de abeto, trébol, yerbas, bayas silvestres, granos é insectos. El macho toma un alimento menos escogido que el de la gallina ó los pollos, sobre todo cuando está en celo. «Yo examiné, dice mi padre, el contenido del buche de diez individuos en celo, y solo ví brotes tiernos de abeto y de pino. Diríase que en aquel momento no emplea el ave el tiempo necesario para buscar de comer, y que se contenta con lo que encuentra. Sin embargo, atendida la diferencia en el gusto de la carne del gallo, comparada con la de la hembra, creo que aquel se alimenta sobre todo de botones de coníferas, mientras que la segunda elige unos alimentos mas delicados. En esto consiste probablemente que la carne del gallo viejo sea dura, seca, y apenas comestible si no se sazona de una manera particular, mientras que la de la gallina es delicada y sabrosa. Hasta los diez y ocho meses es tambien muy bueno de comer el macho, porque hasta entonces no se separa de la madre y comparte su régimen.» Estas aves necesitan tragar arena y casquijo para facilitar la trituracion de los alimentos, por lo cual tienen siempre una porcion en su estómago: el tetrao urogallo bebe varias veces al dia.

De todas las numerosas historias de esta ave, la que publicó mi padre en 1822 es todavía la mejor y mas completa: al reproducirla, solo añadiré algunos detalles tomados principalmente de la interesante obra de mi amigo Domingo Geyer, apasionado cazador de tetraos.

«El gallo silvestre, ó de brezo, dice mi padre, es pesado y tímido: anda rápidamente, aunque no tanto como la perdiz, la avutarda y el pluvial; lleva el cuerpo casi horizontalmente, y solo algo inclinado hácia atrás, con el cuello un poco tendido hácia delante. Cuando se posa varia su postura; unas veces tiene el cuerpo horizontal, otras levantado; alarga el cuello ó le endereza; no se sitúa únicamente en las ramas bajas, sino que se coloca tambien cerca de la cima cuando el árbol es bastante fuerte para sostener su peso. Corre por tierra para buscar el alimento: su vuelo es pesado y ruidoso; bate sus alas precipitadamente y se desliza casi en línea recta. Ni el macho ni la hembra franquean una gran distancia; se posan bien pronto sobre un árbol; y cuando el ave se remonta para ir á colocarse en una rama, sus alas producen un ruido que se oye desde lejos.» Geyer, que se expresó poco mas ó menos en los mismos términos, dice lo siguiente: «Para reconocer cuál seria la finura de su olfato, acerquéme á unos individuos en celo, poniéndome al viento, y nunca noté que me descubrieran de este modo, de lo cual deduzco que aquel sentido es imperfecto.»

Quando hace mal tiempo ó estallan tempestades, parece que el tetrao urogallo pierde su natural salvaje. «Conozco el

caso, dice mi padre, de haberse disparado varios tiros en un dia de invierno á un gallo que estaba posado en un árbol hacia varios dias, sin conseguir que se alejara. En dicha estacion es ciertamente cuando mejor puede uno acercarse á estas aves á tiro de fusil: las hembras se muestran menos tímidas que los machos, porque las protegen los cazadores.»

En todos sus movimientos parece el gallo de brezo una verdadera gallinácea: el macho es colérico, pendenciero y celoso, al menos á juzgar por lo que se ve en los individuos cautivos; lucha con sus semejantes en cualquiera estacion del año y por lo mismo se ve obligado á vivir solo; con las

hembras se conduce como un déspota feroz, mostrándose tan ardiente en el apareamiento, como frio é indiferente pasado el celo. Yo he visto en individuos cautivos cuán peligroso era dejar sola á una pareja de estas aves; con frecuencia acomete el macho á su compañera sin causa alguna aparente, y la maltrata sin piedad: menos se debe aun dejar á un gallo de brezo con hembras de birkan, pues las hace daño á cada momento y hasta las mata. Verdad es que tambien sucede lo contrario, y hasta se han obtenido en cautividad mestizos del tetrao urogallo y del liruro birkan. Entre dos machos se empeñan reñidas peleas, siquiera se observen tambien excep-



Fig. 123.—EL TETRAO UROFAISAN

ciones: no siendo raro ver donde estas aves abundan que varios gallos se reúnen á fines del verano, permaneciendo juntos mas ó menos tiempo.

Quando el tetrao urogallo comienza á entrar en celo, todo se halla aun silencioso en el bosque; se oye cuando mas el silbido del mirlo, y si el año es notablemente favorable, tambien los trinos del tordo cantor: para las otras aves no ha llegado aun la primavera. Las montañas siguen cubiertas de nieve, y hasta en el valle no se ha derretido sino en algunos puntos; si los dias hermosos se repiten en marzo, óyense ya los gritos de algunos gallos; pero si vuelve el mal tiempo, «el pico de estas aves se hiela de nuevo,» según dijo Gadamer. En la zona media de las montañas, el tetrao urogallo suele entrar regularmente en celo del 10 al 12 de abril, mientras que en las altas montañas, el frio retarda con frecuencia un mes la manifestacion de sus deseos. En esta época, todos los machos del país se reúnen en ciertos puntos bien determinados, comunmente en la ladera meridional de aquellas montañas en que los árboles jóvenes alternan con los añosos; á la caída de la tarde acuden las hembras para presenciar el espectáculo que se dará en su obsequio: á eso de las siete de la tarde, sepáranse y se posan en los árboles haciendo mucho ruido. Hartig ha observado que las hembras producen al volar un rumor extraño, que se asemeja bastante al ladrido de un perro pequeño de caza. Geyer dice, conforme con mis

observaciones, que el gallo que se acaba de posar permanece varios minutos inmóvil; mira al rededor de sí con la mayor atencion, y el mas leve ruido le induce á dejar el sitio donde se halla; si todo está silencioso, mueve el cuello de una manera singular, emitiendo un grito que se ha comparado con el del cochinito: aquella es la señal de que entrará en celo al dia siguiente. Sin embargo, no siempre el indicio es infalible, pues el gallo silvestre sabe muy bien presentir los cambios atmosféricos. «Con harta frecuencia, dice Geyer, durante el periodo del celo, y cuando el tiempo parece mas hermoso, prometiendo una caza abundante, sucede que todas las esperanzas del cazador se desvanecen, por no dejarse ver ningun tetrao. En tal caso, se puede asegurar que hará mal tiempo antes de veinticuatro horas: el ave presiente sobre todo la nieve; pero tambien suele suceder lo contrario. Yo he visto con frecuencia caer la nieve casi hasta media noche, y á pesar de ello, dejábase oír el ave á la mañana siguiente, lo cual anunciaba la vuelta de buen tiempo duradero.» Muchas veces comienza á entrar en celo el gallo de brezo desde por la tarde: apenas se deja oír su voz, salta á tierra, retoza, ahuyenta á las hembras dando los saltos mas grotescos, y acaba por aparearse. No obstante, esto es una excepcion: cuando hace mal tiempo y nieva, rara vez entra en celo el gallo silvestre, y acaso tenga razon Geyer al decir que los ardores intempestivos que en ciertas ocasiones se

observan, no se explican sino por la temprana edad del individuo. Durante el buen tiempo, el macho comienza su maniobra apenas aparecen por Oriente los primeros rayos del alba, esto es, á las dos ó las tres de la madrugada.

El gallo comienza por castañetear el pico varias veces; desde aquel instante, despiértase la atención del cazador, hasta que resuena el primer grito, sonido armonioso para tantos oídos, y el más propio para acelerar las pulsaciones del cazador. «El gallo, dice mi padre, alarga la cabeza, pero no invariablemente hácia el este, como se ha pretendido; dirígela hácia delante, eriza las plumas del cuello y de la cabeza, y lanza sonidos roncós, que se precipitan cada vez más hasta emitir el último grito. Luego cacarea, es decir, produce una especie de chirridos, semejantes á los de una piedra de afilar, pero reunidos en varias frases, siendo la última nota lánguida. Al comenzar su canto, y más raras veces en medio de una frase, suele levantar la cola, en una posición entre vertical y horizontal, abriéndola al mismo tiempo; separa ligeramente las alas y las deja colgantes, correteando luego un poco sobre la rama en que entonó su primer canto. Cuando cacarea eriza casi todas sus plumas y se vuelve: no canta siempre con la misma regularidad; detiénese algunas veces en su primera frase antes de lanzar la nota final; otras lo hace mientras cacarea, y á menudo limitase á lanzar sonidos semejantes á un castañeteo. En ciertas ocasiones sucede que el gallo de brezo produce sucesivamente en la misma mañana gritos regulares é irregulares: con frecuencia se ha tratado de traducir el canto del tetrao urogallo, pero siempre inútilmente; Geyer, que se aproximó más á la verdad, aunque sin completo éxito, dice lo siguiente: «La primera nota se puede expresar por *taed*: luego siguen las de *toed toed toed*, y siempre con más rapidez *toed oed oed oed oed*, etc., hasta la nota terminal *glack*, más fuerte y sonora que las precedentes. Después produce ese ruido singular y fantástico, que nadie ha podido imitar hasta aquí, ni es cosa fácil; dura unos tres segundos y medio, nunca más de cuatro; podría compararse con el que se hace al afilar un largo cuchillo de mesa sobre la piedra, y se expresaría por *heide heide heide heide heide heide heiderci*.

No diré que la opinión de mi antiguo amigo Geyer sea errónea, pero debo añadir que me gusta más la traducción que Lloyd ha hecho del canto del urogallo; este autor expresa el principio de dicho canto por *pelloep, pelloep, pelloep*, y el canto mismo por *kellikop*; mas no es posible reproducir exactamente por letras tales sonidos, que pueden designarse por voces guturales. «Según me demostró un joven empleado, es posible imitar con la boca la voz del urogallo, de tal modo que se creería estar oyendo al ave misma. En un tetrao urogallo cuidado por mí, y que todas las primaveras cantaba con mucha afición, he podido observar, á la distancia de apenas un metro, que emite la voz con el pico abierto, esforzando mucho sin duda los músculos de la laringe; de todos modos, se ve muy bien que mueve con vigor su laringe al emitir el sonido.»

A medida que vuelve á entonar su canto parece el macho cada vez más excitado: sube y baja á lo largo de su rama, salta de una en otra, levanta una pata, y se anima de tal manera, que olvida todo lo demás, hasta el punto de que ni aun le inquieta la detonación de un arma de fuego. «Todos los machos, dice mi padre, son igualmente sordos cuando producen su extraño sonido, pero no ciegos. Cierta día emprendimos la cacería: uno de nosotros se vió en la precisión de atravesar por un claro para sorprender al tetrao, y al instante guardó este silencio, lo cual prueba que había visto al cazador. Otra vez disparamos sobre un gallo silvestre que iba á cantar; no oyó el ruido de la detonación, pero sí vió el fo-

gonazo. En otra ocasión observamos un macho que dejó súbitamente de cantar cuando se agitó debajo de él un pañuelo blanco.» Mi padre cree que la fuerte presión del aire que agita, y el ruido que hace él mismo, son las causas de esa sordera transitoria; pero yo no participo de esta manera de ver, y opino como Gadamer, que debe atribuirse más bien á la grande excitación en que se halla el ave. Cuando el tetrao entona su canto levanta la cabeza verticalmente, pudiendo suceder que no hiera su vista lo que pasa debajo de él, sobre todo teniendo en cuenta que en aquel movimiento cubre más de la mitad del globo del ojo la membrana del párpado. Sin embargo, no cabe duda que ve y oye, pudiendo confirmar por propia observación lo que asegura Gadamer. «He poseído durante cuatro años, dice este naturalista, un gallo de brezo domesticado, y tuve el gusto de oírle todas las primaveras al entrar en celo. Ocurrióme, ayudado de mi padre, hacer varias pruebas sobre la vista y el oído; y hé aquí lo que noté: el gallo continuaba cantando aunque se estuviese bastante cerca para tocarle con la mano; al observar esto me puse á su lado; mi padre cargó su escopeta, é hizo fuego á la distancia de cuarenta pasos, en el momento de producir el ave sus sonidos. El gallo se volvió entonces con viveza, dando á conocer con sus movimientos que había oído perfectamente la detonación; mas no se interrumpió por ello. Repitióse la prueba una docena de veces, y siempre volvió el tetrao la cabeza: otro día hice estallar una cápsula y lo oyó también. Durante el celo era aquel gallo muy maligno y picaba todo lo que se le ponía delante, circunstancia que aproveché para hacer otra prueba sobre su vista. En el momento de cantar, adelantaba yo la mano como para tocarle la cabeza; pero cada vez me era preciso retirarla al momento, pues daba fuertes picotazos sin interrumpir sus sonidos; y si estaba vuelto de espaldas, revolviase bruscamente cuando se le quería coger por la cola.»

La excitación extraordinaria que domina á esta ave durante el celo explica en cierto modo el que haga con frecuencia las mayores locuras. Así, por ejemplo, Wildungen habla de un macho que se precipitó contra un leñador, descargándole fuertes aletazos y picotazos, de tal modo que al buen hombre le costó mucho librarse del agresor. Otro gallo silvestre, dice el mismo autor, se lanzó á los campos, y saltando sobre los caballos de un labrador, los espantó; y un tercero acometía á cualquiera que se acercaba al sitio donde se había fijado. «Hace algunos años, dice mi padre, habitaba cerca de mi casa un gallo silvestre que llamaba la atención general: durante el período del celo, permanecía muy cerca de un camino bastante frecuentado, dando á conocer que no tenía en aquel instante miedo alguno á los hombres. En vez de huir, acercábase á ellos, corría en su seguimiento, les picoteaba las piernas, y dábales fuertes aletazos, siendo difícil alejarle. Un cazador se apoderó de él y le llevó dos leguas más lejos; pero al día siguiente había vuelto á su antiguo sitio. Otro día le cogió un hombre y se lo llevó debajo del brazo para entregárselo al guarda-bosque. El ave no opuso resistencia; mas apenas vió su libertad en peligro, comenzó á defenderse con sus patas, y desgarró la ropa de su raptor, que se vió en la precisión de soltarle. Las gentes crédulas le tenían por un animal extraordinario, pues sorprendió á menudo á varios ladrones de bosque; y por eso circuló la especie de que los guardas habían conseguido introducir en él un espíritu maligno para que se presentase en los sitios donde no podían ir ellos. Aquella creencia supersticiosa salvó al ave la vida durante varios meses; pero cierto día desapareció sin que se supiera cómo, probablemente víctima de algún cazador incrédulo ó que no diera crédito á semejantes paparruchas.»

El valor y la furia del tetrao urogallo no se pronuncian tanto por lo general, aunque siempre es pendenciero cuando se encela. Un gallo viejo no tolera la presencia de los jóvenes en un circuito de trescientos pasos á su alrededor, sobre todo si están en celo, y empeña con sus rivales un duelo á muerte. Lo menos que puede suceder entonces es que uno de los combatientes quede herido gravemente en la cabeza; pero con más frecuencia pierde la vida. Los machos jóvenes que se hallan cerca de uno viejo, no lanzan sino gritos breves é interrumpidos, según Geyer. El macho ejecuta su singular maniobra hasta el momento de salir el sol, y se excita mucho al rayar el día. Se ha observado que los tetraos estaban más ardorosos al brillar la luna: cuando llega el día, dirígese el macho á reunirse con las hembras, que se hallan á corta distancia. Algunas veces, acércase á él una de ellas, llamándole con el grito *bak, bak*, que parece una expresión de ternura. El macho no resiste á la súplica: déjase caer del árbol como una piedra, y danza en el suelo de un modo grotesco; pero comunmente se ve obligado á perseguir á las hembras, volando á bastante distancia. «Cuando está cerca de ellas, añade mi padre, da varias vueltas al rededor y se aparea. Yo no sé el número de hembras que necesita en una sola mañana; rara vez tiene más de tres ó cuatro cerca de sí, y le es difícil reunir tantas como quiere. Las hembras demuestran más inclinación á un macho que á otro; y de aquí se originan á menudo encarnizadas peleas entre los rivales, desplegando estos tal ardor, que á veces se les puede coger con la mano. Varios gallos que no consiguen aparearse, están todavía en celo en el mes de mayo, y hasta en junio y julio, en ciertos casos; pero estas son excepciones raras.» Cuando el tiempo es bueno y seco, las luchas de que acabamos de hablar preceden, según Hartig, siempre al apareamiento, lo cual no sucede si hay humedad.

Después de tres ó cuatro semanas de persecución, retíranse los machos á su antigua vivienda, y las hembras comienzan á construir su nido, eligiendo cada cual un sitio conveniente al efecto. Este nido se reduce á una depresión formada en el suelo, detrás de algún viejo tronco, de un pino achaparrado, de un brezo ó de un pequeño matorral; apenas está cubierto de algunas ramas secas. «Desgraciadamente, dice Geyer, la hembra no es bastante cautelosa para elegir un paraje donde se halle al abrigo de las acometidas de los carnívoros y del hombre; hace todo lo contrario, pues los más de los nidos están en el borde de un barranco ó de un sendero, y esto contribuye á explicar la escasez del ave. El número de huevos varía según la edad de la hembra: las jóvenes no suelen poner más de seis á ocho, y las viejas de seis á doce: son pequeños, en proporción á la talla del ave, pues no exceden de 0^m,060 á 0^m,070 de largo por 0^m,048 á 0^m,052 de ancho. Son de forma prolongada, redondeados en una punta, pero más obtusos en la otra, de cáscara bastante delgada y lisa, y poros poco visibles; su color fundamental es el gris amarillo, ó amarillo sucio, más rara vez pardusco; están cubiertos de manchas y puntos más ó menos compactos, de color amarillo pardo sucio, pardo castaño ó pardo claro. La madre los cubre con un celo notable muchas veces, al decir de Geyer, así es que se la puede coger con la mano, sobre todo al fin de la incubación, levantarla y volverla á poner sobre los huevos sin que trate de huir. Gracias á esta particularidad, es fácil preservar todos los nidos que se hallan expuestos á la destrucción, rodeándolos de una fuerte empalizada, sin dejar más abertura que la suficiente para que pueda pasar la hembra.

«Después de nacer los polluelos, corren casi en seguida, bastándoles algunas horas para secarse; la madre los conduce con increíble ternura, prorumpiendo en lastimeros gri-

tos al acercarse el hombre á su progenie. En un instante desaparecen todos los polluelos, los cuales saben ocultarse tan bien, que es difícil ver uno solo, contribuyendo principalmente su color á que pasen desapercibidos. Con frecuencia he tenido polladas enteras á mis pies; los hijuelos no podían volar aun, y á pesar de esto, rara vez los descubría. No son tan afortunados cuando les sorprende un zorro de olfato sutil; la madre adelanta tres ó cuatro pasos hácia él, y comienza á revolotear cual si estuviese paralizada; si con tal estratagemas consigue alejar á su enemigo del paraje donde están los pollos, remóntase súbitamente por los aires, y vuelve hácia su progenie: sus gritos *gluck gluck* indican que ha pasado todo el peligro, y al instante comienzan los pollos á correr.»

Los jóvenes urogallos crecen con mucha rapidez, y se alimentan casi exclusivamente de insectos. La madre los conduce á sitios favorables, socava el suelo, los llama con su grito *back back*, les pone en el pico una mosca, una larva, una oruga, una lombriz de tierra, una limaza, etc., enseñándoles de este modo á comer. Les gustan mucho las larvas de hormiga, y por eso va con ellos la hembra muchas veces al lindero del bosque para buscar hormigueros. Si encuentra uno, escarba; le registra hasta dejar las larvas al descubierto, y la pequeña familia se harta con aquel alimento, que tan delicioso le parece. Poco á poco comen los pollos las mismas sustancias que la madre: al cabo de algunas semanas tienen las plumas bastante grandes para poder revolotear y posarse; pero pasa bastante tiempo, según queda indicado, antes de adquirir su plumaje definitivo.

Hácia fines de otoño, diseminase la pequeña familia; las hembras jóvenes permanecen con su madre, y los machos vagan juntos; pero ya se oye su voz, pelean algunas veces y á la primavera siguiente hacen la misma vida que los adultos.

Además del zorro y el milano, otros enemigos amenazan la existencia del tetrao. Verdad es que los gallos viejos se libran de la mayor parte de los carnívoros, gracias á su cautela y á sus costumbres exclusivamente arborícolas; pero los jóvenes, y principalmente las crías, son presa de aquellos animales y de las rapaces; la hembra perecen á menudo entre las garras del águila y del gran duque. Todos los mamíferos carnívoros, y las aves de rapiña, inclusa la corneja, se comen los huevos de esta especie, y con harta frecuencia caen aquellos en poder de gentes ignorantes. Mas de un pastor ó de un leñador se comen por la tarde una tortilla de huevos que no son de sus gallinas domésticas.

CAZA.—Solo en aquellos puntos donde se reglamenta la caza, están convenientemente protegidos los tetraos. Ningun cazador inteligente mata una hembra; únicamente persigue al macho, y no lo hace sino en el período del celo. Esto lo comprenderá fácilmente todo cazador, aun cuando no se haya puesto en campaña sino una vez para observar al ave y matarla si es posible. Para esta caza es necesario ser maestro, pues ni aun estando en celo, olvida el tetrao urogallo su acostumbrada prudencia, y solo un cazador muy experto puede sorprenderle. Sin embargo, en la dificultad misma está todo el atractivo. «Al brillar los últimos rayos de la luna, dice Kobell, se atraviesa el bosque, y si el cielo está sombrío, se encienden las teas: el camino se prolonga entre altos árboles, cuyos seculares troncos ofrecen un aspecto fantástico al vacilante resplandor de las luces; préstase mucha atención; de vez en cuando se detiene el cazador para escuchar el grito de llamada del gallo, grito que impresiona al hombre acaso más que á la hembra á quien va dirigido. Muchas veces se desvanece la esperanza, porque el gallo no está aquel día de buen humor y no se deja oír; pero al fin resuena su grito en el bosque, que produce en el cazador una profunda agita-